

Editorial

I. Decíamos ayer... Teníamos once años menos. Lo queríamos todo. Un pequeño grupo de ilusos imaginaba estar en condiciones de aglutinar en poco tiempo —para abrir boca— al menos a una cincuentena de intelectuales y de militantes históricos comprometidos con la elaboración de un personalismo comunitario abierto a todos los hombres de buena voluntad, tanto creyentes como no creyentes: cosa parecida había resultado posible en Francia en el 1932 y Emmanuel Mounier la había sabido pilotar hasta su muerte temprana en 1950. ¡Además se suponía que España abundaba en humanistas y en militantes de la época de la resistencia, así como en gentes dispuestas a socializar su reflexión, su tiempo libre, sus dineros, su vida en pro de un proyecto ilusionante que consistía en llevar a la calle un mensaje regeneracionista completo con un primer nivel testimonial y místico, con un segundo nivel reflexivo, y con un tercer nivel futuro donde habría presencia pública articulada! En fin, que ni los comunistas, ni los socialistas, ni los populares, sino nosotros, los jóvenes impopulares pero supervocacionados, podríamos osar tal cosa aportando a la humanidad desde nuestra generosidad militante una política llena de ardor místico, una acción social plena de contenido reflexivo y de vigor imaginativo, una palabra profética y didáctica a la par. Lo quería-

mos todo. Teníamos once años menos. Un pequeño grupo de ilusos...

Y por si fuera poco nos sentíamos doblemente puros: lo mismo por comparación con la impureza política ajena, a la sazón cada día más visible y tangible, como por la supuesta pureza propia derivada de nuestra inacción, pues no debíamos sentirnos corrompidos de ninguna manera aquellos que de hecho no podíamos estarlo aún, ya que ni habíamos culminado a la sazón nuestra carrera universitaria con una clínica dental rentable o con algo por el estilo, ni alcanzado la condición de profesionales con gruesa concha, ni apenas éramos otra cosa que jóvenes carentes de caparazón.

Además aún yacía tibio, casi caliente el cuerpo del delito, el franquismo por todos denostado en apariencia: también lo teníamos fácil por ese lado, el enemigo se hallaba perfectamente localizado, los buenos a un lado, precisamente nosotros los regeneracionistas; los malos —ellos, ellos— a otro lado; en definitiva todo en orden, los voluntariosos regeneracionistas activos frente a los abúlicos degenerados pasivos.

Y por si fuera poco nosotros estábamos comenzando a publicar muchas cosas, algunas francamente buenas, los demás nos animaban, palmeaban nuestro lomo susurrando que adelante, que nosotros llegaríamos, por algo sería.

EDITORIAL

II. Decíamos ayer. Pero hogaño ya hemos alcanzado el estatus de expertos dentistas y perseguidores de las caries ajenas, ha dado tiempo a colgar los impúberes hábitos de estudiante, nuestras profesiones comienzan a ir viento en popa toda vela en la medida en que lo permite el mal tiempo, no en vano habíamos sabido ser chicos listos, críticos. Ahora, ya de vuelta, nuestra profesión va engordando por años a la par que adelgaza nuestra capacidad de entrega, pues no cabe todo en una misma cabeza ni se pudo jamás servir a la par a dos señores.

Inexplicablemente también a nosotros nos llega nuestro sanmartín; sería falso negar que nos comportamos un poco como los malos de ayer, pero —misterio, misterio— ni dejamos de criticarles a ellos, los malos tan malos como nosotros mismos, ni nos aplicamos el mismo rasero crítico a nosotros mismos. Será que tiene que ser así, ¿no dicen que los médicos ven el catarro en la garganta ajena pero no el cáncer en la propia? Condición humana, acaso, no por dolorosa menos dolosa; en todo caso la historia del Instituto Emmanuel Mounier ha servido para poner de relieve ante nuestros atónitos ojos aquello que parece ser lisa y llanamente manifestación de la naturaleza humana: que aun queriendo lo mejor hace lo peor. Quien se crea libre al respecto arroje la primera piedra.

No, nadie está libre, el vacío de lo uno lo ocupa el peso de lo otro, y así a cambio de la verdad que creíamos ejercer ahora tenemos el cansancio que sentimos padecer. Los militantes de ayer hémonos convertido (o pervertido, para más exacto decir) de esta guisa en sabios declinantes, es decir, en triunfantes del declive, lo cual se nota en todo, pero especialmente en el régimen horario: en las presentes calendas no estamos disponibles durante las veinticuatro horas del día, ahora tan sólo comprometemos algunas horitas a la semana —pocas ¿eh?—, algunos minutos sobre todo, quizá nada porque las circunstancias están cambiando. Por lo demás, distamos de querernos agentes de nuestro propio destino, antes al contrario nos conformamos con ser manejable efecto de las circunstancias. Bastantes de nosotros éra-

mos cristianos ayer, cuando el tiempo gratuito, pero ahora nos contemplamos como calvinistas fácticos porque hemos descubierto que el tiempo es oro, *ars longa vita brevis* y lo demás superfluidad de superfluidades y todo superfluidad. Resulta más fácil —pese a su enorme dificultad, evidentemente— socializar el dinero (algo que uno tiene) que socializar el tiempo (algo que uno es).

Ea, hermanos, reconozcamos que estamos algo cansados, vencidos por el cansancio más que convencidos de la urgencia emergente, eso que caracterizó las mejores y más profundas revoluciones. No nos hallamos en condiciones de nadar corriente arriba, la masa nos arrastra con su vértigo; no es que hayamos abdicado las convicciones, lo que hubiera significado herejía, simplemente las hemos abandonado más o menos, lo que significa apostasía. Apóstata puede serlo una persona razonable, no faltaba más, pues para llegar a la condición de apóstata no se requiere más requisito que el simple dejarse llevar por la corriente de la omisión. Omisión compartida por todos no acusa a nadie. En fin, a la herejía por la acción disidente, a la apostasía por la omisión coincidente.

Y hay una omisión del espíritu que aún resulta más desalentadora; consiste ella en continuar haciendo cosas sin amarlas, sin espíritu de utopía, por mera inercia, por simple opacidad, o simplemente por si acaso, por si el azar, por si las carambolas del destino. Así las cosas, existe una forma de resistir que sin embargo genera una crisis irresistible, y ello porque ya no propone, solamente resiste y al resistir desiste, y al defender ofende lo que defiende.

III. Pero ¿qué diremos mañana, tras el «decíamos ayer» y tras el «apenas si decimos» hoy?

A cada día bástale su afán, pero siempre hay que volver a empezar. Aquella tapia se le cayó a Francisco de Asís y aquella tapia se volvió a empezar aunque los demás estaban más sordos al mensaje que una tapia. Empezar desde el lugar del fracaso anterior: la energía del fracaso solo se le descubre en toda su modestia sanadora al verdadero militante. El verda-

EDITORIAL

dero militante mira siempre más lejos, más alto, más profundo: derriba él mismo la tapia que construyó el rato anterior para recomenzarla al poco y así vivir en la libertad creativa de los orígenes y en la inocencia de la infancia santa.

Sí, hay que volver a empezar, los unos volver a empezar desde la fe, desde la esperanza y desde la caridad, que son —no se olvide— virtudes teologales y teocéntricas, a partir de las cuales emergen (cuando lo hacen) las virtudes cardinales del estoicismo militante; los otros, desde su humanismo antropológico de buena voluntad, unos y otros con el machadiano Juan de Mairena:

Todo amor es fantasía:
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía,
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada
contra el amor que la amada
no haya existido jamás.

Digámoslo sin masoquismo alguno: ojalá podamos informar dentro de otros once años, mañana, del mismo fracaso militante en la misma perseverancia (per se verante), de lo mismo que hoy. Esa lucecita servirá para entregar el relevo a mejores ángeles de luz. No queremos mentir, no deseamos poner velitas falsas ni guindas en una tarta que se tambalea. Estos tiempos de hoy no dan para más. O si dan para más, el Instituto Emmanuel Mounier no ha sabido encontrar el filón, la fuente de donde mana y corre. Pero nunca es tarde si el propó-

sito de enmienda es bueno y la búsqueda permanece, aunque jamás podamos estar a la altura de nuestros deseos.

Fue agotador, sí. Mereció la pena, sí, en efecto. Y si el fracaso apareciese de nuevo cual espina sin rosa volveríamos a intentarlo porque no nos mueve el éxito sino el testimonio. Mientras tanto continuamos en ello, evidentemente. Todavía oímos cómo tocan a rebato presencial las campanas de la historia, no nos vamos a quedar en casa. Emprendemos, pues, la enésima salida por los campos de Montiel, que tiempo habrá de quemar nuestros queridos libros de caballería. Ánimo, que ánimo viene de «anima», y donde hay ánimo todo comienza a animarse. Personalistas comunitarios animados de todos los países, uníos, uníos cuando un fantasma domina al mundo, el fantasma del impersonalismo desanimador y desanimador.

¿Pesimismo? ¡Todo lo contrario! Nos mueve, como a nuestro querido maestro Emmanuel Mounier, un optimismo trágico, ese difícil humor nuestro de cada día. Y si pese a todo los demás se obstinan en llamarnos «monos» no nos importará en absoluto, antes al contrario nos pondremos de entrada en su honor a comer cacahuetes: estamos abiertos al reconocimiento de nuestros errores, no a su reiteración. Pero, por favor, que no nos llamen pesimistas aquellos que desde su techo comfortable y burgués sonrien profidén ante el devenir que no les afecta y siempre bajo el lema «a casita, que llueve», aquellos cuyo optimismo consiste en no mover un dedo mientras se quema la casa del vecino. **A**